

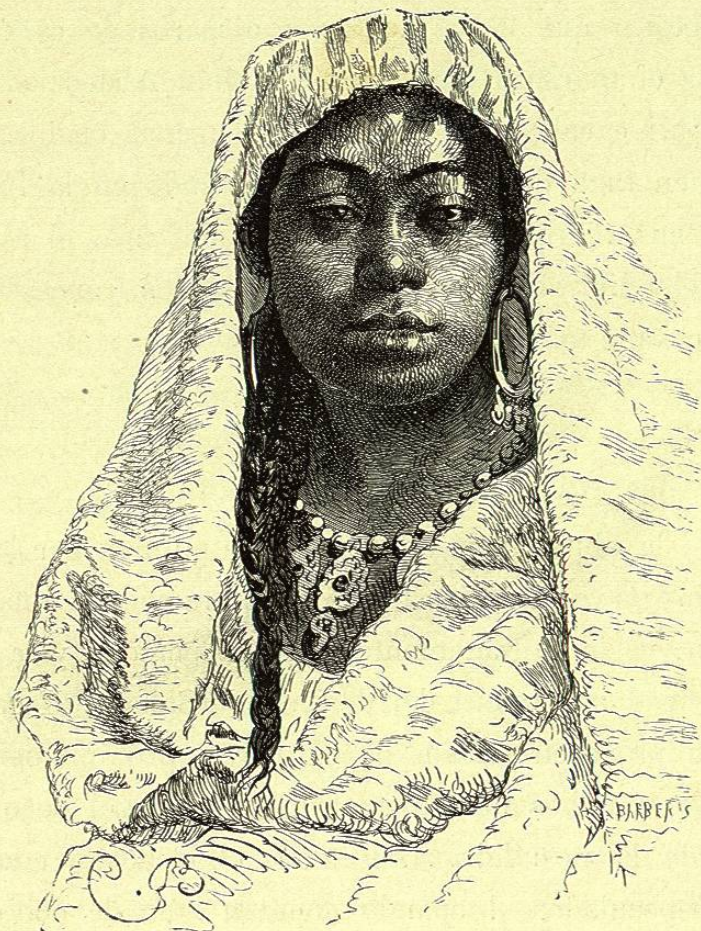
Podrá, si se quiere, negarse el nombre de valor al fanatismo que arrastra á un hombre á batirse contra diez, seguro de encontrar una muerte cierta que ha de abrirle las puertas del paraíso; al furor salvaje que determina á un soldado á hacerse pedazos la cabeza contra una roca antes que dejarse coger por el enemigo; al furor irracional de un herido que se arranca los apósitos y profundiza sus heridas para librarse con la vida del cautiverio; al desprecio del dolor, á la ciega audacia, á la obstinación brutal del que se hace matar sin objeto: sin embargo, no podrá desconocerse que todo esto son elementos de valor y que es incontestable que esta gente dió de poseerlos repetidas muestras durante su guerra con España. Después de dos meses de lucha, el ejército español sólo había logrado hacer dos prisioneros: un árabe de la provincia de Orán y un loco que se había presentado á las avanzadas; y en la sangrienta batalla de Castillejos, sólo cayeron en poder del vencedor cinco marroquíes, y éstos heridos. Su táctica tradicional consiste en avanzar en masa contra el enemigo, desplegarse rápidamente, correr hasta ponerse á medio tiro de bala, disparar y retirarse precipitadamente para cargar de nuevo las armas. En las grandes batallas se disponen las fuerzas en media luna, constituyendo el centro la infantería y la artillería, y las alas la caballería, que procura envolver al enemigo para encerrarle entre dos fuegos. El jefe superior da una orden general; pero independientemente de ella, cada uno de los jefes secundarios vuelve al ataque, ó se retira, según mejor le parece, y el ejército prescinde comunmente de las órdenes superiores. Jinetes infatigables, diestros tiradores, tenaces detrás de una trinchera, por lo mismo que comprenden la facilidad con que pueden ser destruídos en campo abierto, se deslizan como reptiles, se encaraman como gatos, corren

como gamos, pasan rápidamente del ataque temerario á la fuga precipitada, y de una exaltación de valor semejante á la locura, á un temor pueril que no se concibe. Todavía existen en Marruecos moros que perdieron la razón á consecuencia del terror que se apoderó de ellos ante el desastre de Isly; siendo notorio que á los primeros disparos de cañón ordenados por el mariscal Bugeaud, el sultán Abd-der-Rhaman, gritó: — ¡Mi caballo! ¡Mi caballo! — y apenas ensillado, dióse á correr en fuga desesperada, abandonando en la huída sus músicos, sus nigromantes, sus perros de caza, el estandarte sagrado, el quitasol y el té, que los soldados franceses encontraron hirviente todavía.

* * *

Es tal la abundancia de negros que pululan por las calles de Fez, que á veces se me figura encontrarme en una ciudad del Sudán, y siento vagamente entre mi persona y la Europa la inmensidad aterradora del desierto de Sahara. Y en efecto, del Sudán proceden en su mayor parte, próximamente tres mil al año, muchos de los cuales sucumben al poco tiempo víctimas de la nostalgia. Casi todos ellos llegan conducidos por los especuladores, cuando cuentan sólo de ocho á diez años. Los negociantes, antes de ponerlos en venta, los engordan á fuerza de hacerles comer alcuzcuz, procuran curarles de la nostalgia por medio de la música, y les enseñan una que otra palabra árabe, circunstancia que aumenta su valor, que por punto general, es el de treinta pesetas por un niño, sesenta por una muchacha, unas cuatrocientas por una joven de diez y seis á diez y ocho años, bella, que sepa hablar y no haya sido madre, y cincuenta ó sesenta por un anciano. El

Emperador tiene el derecho de retener el cinco por ciento de la mercancía importada, y además el privilegio de primera elección. Los demás son vendidos en los mercados de Fez, Mogador y Marruecos, y en partidas, al mayor postor, en



Esclava negra

todas las demás ciudades, en las cuales los compradores, por tradición, guardan la consideración de no examinar públicamente las partes que cubre el vestido. Sin la menor dificultad abrazan todos la religión mahometana, conservando, sin embargo, muchas de sus extrañísimas supersticiones y las bizarras fiestas de su país, consistentes en bailes grotescos que

duran tres días y tres noches consecutivas, al compás de una música endemoniada, y sólo interrumpidos para tragar con bestial avidez toda suerte de porquerías. Generalmente desempeñan el oficio de criados en las casas particulares, donde se les trata con verdadero afecto, en términos de que se les concede, al cabo de algún tiempo, la libertad, en justa recompensa de su buen proceder. Les están permitido el ejercicio de todas las profesiones, de suerte que pueden llegar á desempeñar los cargos más elevados, manifestándose aquí, como en todas partes, ora febrilmente laboriosos, ora haraganes extremados, lujuriosos como micos, astutos como raposas, feroces como tigres, pero contentos con su suerte, y generalmente fieles á su señor, lo cual parece que no sucede en los países en que es más dura la esclavitud, como en Cuba, y en aquellos en que es excesiva la libertad de que gozan, como en Europa. Las árabes y las moras los miran con prevención, de suerte que es rarísimo que un negro se una con mujer que no sea de su color; pero los hombres, y especialmente los moros, no sólo buscan ávidamente á las negras para convertirlas en sus concubinas, sino que se unen á ellas con la misma facilidad que con las blancas; de donde resulta el extraordinario número de mulatos de todos matices que se ven en Marruecos. ¡Extraña coincidencia! El pobre negro de diez años vendido cabe los confines del Sahara por un saco de azúcar, ó un pedazo de lienzo, puede acaso, al cabo de treinta años, ya ministro de Marruecos, discutir un tratado de comercio con el embajador de Inglaterra; y es no sólo posible sino muy probable, que una chiquilla negra, nacida en el interior de inmundo cubil y trocada por un odre de aguardiente, á la sombra de la palmera que crece en medio de un oasis, apenas adulta, pueda verse cubierta de deslum-

brante pedrería y bañada en perfumes entre los amorosos brazos del Sultán.

* * *

De algunos días á esta parte, al discurrir por las calles de Fez se me viene á las mientes, con una persistencia que no me es dable contrariar, la idea de una gran ciudad americana, á la cual acuden gentes de todas las regiones del mundo conocido: una de esas ciudades que, si así puede decirse, ofrece la fisonomía típica que paulatinamente van adquiriendo las ciudades modernas, la vida de las cuales es ejemplo elocuente de lo que será en todas la vida dentro de un siglo; una ciudad cuya imagen es imposible ofrecer á ningún europeo al lado de la de Fez, sin darle ocasión para que se sonría con aire de compasión: tan enorme es la diferencia que entre ambas existe bajo el punto de vista del progreso humano. Y sin embargo, ello es que cuanto más discurro respecto de aquélla, tanto mayor y más intenso siento dentro del corazón el torcedor de una duda que me sume en la más profunda tristeza. Contemplo mentalmente aquellos caminos, rectos é interminables, á cuyos lados, hasta perderse de vista, álzanse enhiestos los postes telegráficos. «Es la hora en que se cierran los talleres y las tiendas. Torrentes de obreros, hombres, mujeres y niños á pie, en ómnibus, en las tranvías, siguiendo casi todos idéntica dirección hacia los barrios extremos y apartados: todos parecen tristes y pensativos; todos extenuados por el cansancio... Densas nubes de humo de carbón de piedra surgen de las elevadas chimeneas de las fábricas, y al descender á la calle, extienden sus pardas sombras sobre los espléndidos escapa-

rates de las tiendas, las letras doradas de los anuncios que cubren las paredes de los edificios hasta el último piso, y la afanosa muchedumbre que con la cabeza baja, el paso apresurado y caídos los brazos, huye silenciosa los sitios que durante el día vieron su rostro bañado en sudor. De cuando en cuando el sol se abre paso á través del lúgubre velo que la industria ha tendido sobre la capital del trabajo; mas esos destellos de luz, fugitivos cuanto inesperados, lejos de reanimar la escena, sirven sólo para poner más patente la tristeza... Todos los rostros ofrecen idéntica expresión. Cada cual tiene prisa por llegar á su casa; para «economizar» los cortos momentos que puede conceder al reposo, después de haber sacado el mejor partido posible de las muchas horas consagradas al trabajo. Diríase que cada uno ve en su vecino un temible competidor. Todos llevan impreso el sello del aislamiento. El ambiente moral que estas gentes respiran no es en manera alguna la caridad, sino la rivalidad...

Gran número de familias viven en albergue ajeno, lo cual condena á la mujer á la soledad y al ocio. Durante el día el marido trabaja fuera de casa y sólo vuelve á ella á la hora de comer, para devorar en pocos instantes lo que se sirve en la mesa, cual si estuviera hambriento, y volver en seguida á su tarea. Los muchachos, en cuanto tienen cinco ó seis años, asisten á las escuelas á donde van y de donde



Esclava negra

vuelven sin que nadie les acompañe, invirtiendo á su antojo el tiempo que les queda libre, gozando á sus anchas de la más absoluta libertad. La autoridad paterna es poco menos que un mito. Los hijos no reciben otra educación que aquella que se les da en la escuela... se forman rápidamente, y desde la niñez se preparan para la vida pesada, dura, vertiginosa y aventurera que les aguarda. La vida del hombre se reduce á una sola y prolongada *campaña*, formada por una serie de combates, marchas y contramarchas jamás interrumpida. La dulcedumbre, la paz, la bienandanza del hogar doméstico forman una parte insignificantisima de su existencia militante y febril. ¿Es feliz? Juzgando por su semblante triste, inquieto, apesarado, con frecuencia acongojado y doliente, hay motivos para dudarlo. El exceso de trabajo jamás interrumpido agota sus fuerzas; le impide entregarse á los goces del espíritu, y le veda encerrarse en sí mismo. En cuanto á la mujer todavía experimenta, como consecuencias de semejante modo de ser, resultados más terribles que el mismo marido. Apenas si le ve media hora una vez al día; y por la noche, cuando tronizado de fatiga, regresa á su albergue, que no á su hogar, es para buscar en el sueño un reparo á sus fuerzas; de suerte que la esposa no puede aligerar en lo más mínimo la carga que le oprime, ni participar de sus penas, ni de sus cuidados, ni de sus trabajos, porque en rigor no le conoce, puesto que, por falta de tiempo, existiendo apenas recíproco afecto, no puede establecerse el comercio del espíritu...»

La ciudad es Chicago, y quien la describe Hubner, gran admirador de América. Ahora bien, entre esta ciudad y aquélla, entre Chicago y Fez, ¿cuál de las dos ciudades es más digna de compasión? No lo sé; pero sí puedo asegurar que si me hallara dentro del pellejo de un moro de Fez, y conducido

por un cristiano á una de aquellas grandes ciudades prototipo de la moderna civilización, se me preguntara si le envidio, me echaría á reir en sus barbas.

*
*
*

Esta mañana me ha referido Selam á su manera la historia famosa del bandido Arusi, que es una de las muchas que corren de boca en boca entre los límites constituídos por el mar y el desierto; pero que tiene sobre muchas la ventaja de hallarse fundada en un hecho verdadero y muy reciente, varios de cuyos testigos viven aún.

Poco tiempo después de la guerra con Francia, el sultán Abd-er-Rhaman envió un ejército al Riff, para castigar á los habitantes del mismo, que habían incendiado un buque de aquella nación. Entre los varios jeques, de los cuales exigió el jefe del ejército que le denunciaran á los culpables, había uno llamado Sid-Mahomet Abd-el-Djebar, hombre entrado ya en años, que estando celoso de un tal Arusi, joven arrogante y valeroso, envióle, aun cuando estaba inocente, á disposición del general, con el objeto de que fuera sumido en las mazmorras de Fez. En efecto, allí fué conducido; pero sólo estuvo encarcelado durante un año. Al recobrar la libertad se fué á Tánger. Aquí permaneció durante algún tiempo; mas de repente desapareció, sin que durante muchas semanas supiera persona alguna lo que de él había sido. Es el caso, que poco tiempo después de su desaparición, comenzóse á hablar en toda la provincia del Garb de una partida de ladrones y asesinos que infestaba la campiña entre Rabat y Larache. Las caravanas eran asaltadas, despojados los mercaderes, maltratados los cadíes, los soldados del Sultán muertos á puña-